

REGIS DEBRAY HABLA EN LIBERTAD

(Entrevista exclusiva concedida por Régis Debray, tres días después de su liberación, a la revista chilena "Punto Final" y a Prensa Latina).

Por JORGE TIMOSSÍ y MANUEL CABIESES

Servicio Especial de Prensa Latina.



REGIS DEBRAY conversa en Santiago de Chile con el corresponsal de Prensa Latina, Jorge Timossi (derecha), y el director de PUNTO FINAL, Manuel Cabieses Donoso.

TERCER día de su liberación en una residencia particular de Santiago de Chile. Régis Debray conversa, posterga las instancias de una entrevista formal, prefiere dialogar, discutir. Demanda datos, información de apoyo, a su esposa, Elizabeth Burgos. Hace sólo pocas horas que se reencontraron, él libre de la cárcel de Camiri, ella libre de los múltiples, delicados pasos, con los que colaboró en obtener la excarcelación de su esposo. Sólo muy pocos amigos personales, y lo que él define como "compromisos ineludibles" conocen su paradero en Santiago. Régis Debray subraya que de entre esos compromisos él quiere conversar, conceder una entrevista exclusiva a la revista chilena "Punto Final" —de la cual Régis Debray es uno de sus colaboradores— y a la agencia noticiosa Prensa Latina para el ámbito internacional. "Quiero que sea la primera después de mi libertad, informal, en que se hable de muchas cosas", dice.

Estamos en torno a una mesa. Elizabeth Burgos, Régis Debray, Manuel Cabieses, director de "Punto Final", y Jorge Timossi, corresponsal de Prensa Latina en Chile. A la izquierda de Debray, una grabadora. Y lo que nunca falta en un diálogo como este: café, cigarrillos, papeles, recortes de periódicos. Debray viste un pullover gris, pantalones oscuros y de tela gruesa, los mismos que usaba en Camiri. Mientras habla, juega constantemente con un pequeño reloj de bolsillo unido a una cadena. Físicamente no ha cambiado mucho. Su temperamento es el mismo, nervioso y permanentemente activo. Parece todavía inadaptado al ambiente sobrio y confortable de su discreto retiro santiaguino.

Se intercambian los recuerdos, los lugares de encuentros, los nombres de los amigos comunes, un poco un balance de la lucha revolucionaria en América latina, las nuevas posibilidades que surgen en Chile. La grabadora comienza a rodar sin previo aviso. No obstante, Régis Debray siempre reflexiona antes de contestar. Elizabeth apunta: "Pero Régis, mira que ya has salido de Camiri..."

—Bueno, finalmente, ¿crees vigente la lucha armada para la toma del poder en América latina?

R.D.— Sí, me parece vigente. Pero lo que pongo en tela de juicio es que se pueda hablar de "la" lucha armada. Yo creo que hay "luchas armadas", no "la" lucha armada. Cada país, cada situación, requiere su tipo de lucha apropiada, la combinación de varios tipos de lucha armada y la combinación, asimismo, de varias luchas armadas con otros tipos de lucha que no son armadas. Por ejemplo, lo que pasa en Uruguay. La lucha de los Tupamaros no entorpece necesariamente la formación de un frente unido político. O sea, se puede concebir que no hay contradicción y que hay cierto tipo de coordinación objetiva. Allí hay mucha inteligencia política, hay acierto en la dirección política de la lucha armada.

Por otra parte, suponer que la lucha armada ha fracasado, no es efectivo. Claro, ha fracasado en algunas de sus oportunidades. Pero cuando Lenin, por ejemplo, hablaba de los fracasos, no hablaba de ellos como de una derrota. Hablaba como de una adquisición, anali-

zaba el fracaso como un logro político en tanto que experiencia, en tanto que capital acumulado, en tanto que trampolín, en tanto que base para corregir y continuar luchando. O sea: hay que quitarse un poco la vergüenza del fracaso. El fracaso es lo que uno hace de él. No hay fracaso en sí. 1905 fue un fracaso pero hubo un partido bolchevique que lo asumió, lo superó, y en 1905 preparó el 1917. Todo fracaso debe ser convertido en experiencia. No hacer esto es un poco una debilidad de todos los compañeros revolucionarios, la que además puede ligarse a la subestimación del trabajo teórico. Por eso me parece importante la autocrítica. Toda autocrítica es una victoria.

—Tú has mencionado a los Tupamaros que, sin duda, constituyen uno de los movimientos revolucionarios más importantes del continente. ¿Cuál es tu opinión precisa de ellos?

R.D.— La experiencia de los Tupamaros es apasionante en muchos sentidos. Por ejemplo, cuando cayó preso Raúl Sendic —y dijo a las autoridades que él era "sólo un soldado"— los Tupamaros probaron que habían acabado con la mística del jefe para reemplazarla por la mística de la organización. Esto es colosal, propio de la situación en el cono sur. En el Caribe es distinto porque la trayectoria histórica es distinta. Creo también que los Tupamaros son un ejemplo del dominio de lo político sobre lo militar. Cuando uno mide la inteligencia política de cada acción militar de los Tupamaros, se observa que hay una cabeza política que manda, una cabeza política que conoce muy bien la lucha de clases. La acción de los Tupamaros se inserta en huelgas, reivindicaciones económicas y tomas de fábricas. Encuentra su punto de inserción concreto en las luchas de las masas. Los Tupamaros van constantemente supeditándose a la lucha de las masas, o la van acelerando, precipitando, pero siempre teniendo en cuenta factores políticos. Otra cosa formidable de los Tupamaros es cómo han logrado hacer política sin decirlo y sin discutirlo. Han hecho de su política una praxis, evitando polémicas de tipo abstracto-ideológicas. Tengo entendido que ellos nunca atacaron directamente a ninguna organización de izquierda, lo cual no es apoliticismo, es una política.

—Parece que has reflexionado en la cárcel sobre este tema, lo político-militar.

R.D.— Sí. En la medida en que yo he madurado políticamente, he vuelto a interesarme en las fuentes de la teoría revolucionaria: el leninismo. He llegado a descubrir que muchas cosas políticas e ideológicas que se discutían a principios de siglo pueden sernos hoy muy útiles. Y no sólo estoy pensando en Lenin y en sus numerosos análisis sobre el Estado, el partido, los sindicatos, etc. Por ejemplo, hay otros clásicos que merecen mucha atención como Rosa Luxemburgo y sus enfoques sobre la dictadura del proletariado y el papel del partido. Ella observó, en su época, ciertos peligros de lo que podríamos llamar un leninismo exacerbado, del leninismo del "Qué Hacer", de un leninismo que ya el propio Lenin estaba superando al término de su vida.

—Con referencia a esto, ¿en qué estás pensando?

R.D.— Particularmente, en Cuba. Cuando Cuba se enfrenta al problema de la democracia proletaria, de cómo crear, de cómo revitalizar, toda la búsqueda fundamental que hay ahí, la revigorización de las organizaciones de masas, la participación del pueblo, y no sólo la discusión sino también la participación en las decisiones. A mí me parece que hay todo un conjunto de nuevas situaciones, y algunas no tan nuevas que deben ser estudiadas. Lamentablemente yo no estoy muy bien informado y esta es mi preocupación mayor actualmente. Pero a mí no me extraña el esfuerzo de los cubanos en ese sentido, lo que encuentro formidable. Y no me parece casual que esté ocurriendo en Cuba un proceso tan importante. Creo que se están reactualizando una serie de problemas que en el campo socialista habían sido un poco tapados, por algo de perceza ideológica y mentalidad burocrática que afectó al movimiento obrero hace algún tiempo.

Por eso también, y por la solidaridad que Cuba me prestó, tengo gran deseo de ver a Fidel y discutir muchas cosas con él. A mí me interesa mucho la actual etapa de la Revolución Cubana. Yo siento que han pasado muchas cosas en Cuba. A mí me interesa mucho esta etapa de la búsqueda de la democracia proletaria. Esto me apasiona porque yo trabajé intelectualmente este tema. Quiero ver la realidad allá para establecer si las conexiones que intelectualmente yo hice corresponden a la realidad cubana.

—Lo que tú dices abre toda una polémica.

R.D.— Claro, esto es muy delicado, muy importante. Pero estoy en contra de las polémicas. Creo que ha llegado el momento de la argumentación, y la argumentación apunta siempre a planteamientos políticos.

—Parece divisarse desde ahora una polémica entre Régis Debray y Régis Debray.

R.D.— ¿Ustedes están aludiendo a “¿Revolución en la Revolución?”? Bueno, yo respondo. Redacté en 1968 una crítica a “¿Revolución en la Revolución?”. Fue un intento de superar ese libro y de profundizarlo, para enriquecerlo. Digamos, para lograr algo dialécticamente superior a “¿Revolución en la Revolución?”. Pero es una auto-crítica aceptando los presupuestos de “¿Revolución en la Revolución?”. Este análisis gira en torno a cuatro puntos fundamentales: la ciudad, digamos una reevaluación del trabajo revolucionario en la ciudad, un poco explicando que la polémica ciudad-campo tal como estaba planteada en “¿Revolución en la Revolución?” me parece abstracta y, como tal, limitada.

Otros puntos se referían al predominio de lo político sobre lo militar, en cuanto a la dirección de la lucha armada, y en cuanto a la formación de los revolucionarios. La formación de un revolucionario no puede ser predominantemente militar.

El tercer punto se refería a la relación estrategia-táctica. Y el último era una valoración de lo nacional, o sea de la especificidad



DEBRAY y su compañera, Elizabeth Burgos, venezolana. En manos de ella estuvieron las gestiones que culminaron con la libertad del autor de “¿Revolución en la Revolución?”.

nacional. Me di cuenta que había que abandonar polémicas en cierto modo superficiales para meterse en la historia de Latinoamérica, no para hablar de ella en un sentido estrictamente político, sino en un sentido sociológico y luego económico. O sea, que había que fundamentar esos estudios. Para llegar a trazar una estrategia hay que explicar desde el punto de vista marxista-leninista cómo se desarrolla la lucha de clases en América latina, qué especificidad tiene esta lucha en cada país. Esto lleva a rehacer toda la historia de la formación de Latinoamérica.

—¿Cuál sería tu crítica principal a “¿Revolución en la Revolución?”?

R.D.— La fundamental, creo yo, que es un libro abstracto, que se maneja en el nivel de las abstracciones con respecto al rol del partido y de la relación campo-ciudad. Yo doy a la guerrilla el concepto de guerra del pueblo. O sea, que es el pueblo el que hace la guerra, el sujeto de la guerra es el pueblo. El pueblo no es una élite, el pueblo no es una vanguardia.

—Claro, la experiencia asiática.

R.D.— Sí. En Vietnam, están haciendo cosas, les están ganando a los yanquis con los niños de siete años y con los ancianos y con las mujeres también. Porque todas estas capas tienen su lugar dentro de la guerra del pue-

blo. Me parece que la lucha guerrillera es parte de un abanico de métodos de lucha que permiten la integración de todos los sectores de la población.

—Pero, “¿Revolución en la Revolución?”, jugó un papel, ¿no?

R.D.— Quizás jugó un papel provocador, en el buen sentido de la palabra. Creo que sirvió de catalizador, en un determinado momento político. Eso fue un hecho positivo. Jugó una acción dinamizadora, me parece. Pero creo que actualmente todos nosotros tenemos mayor experiencia como para superar las limitaciones que tiene “¿Revolución en la Revolución?”

—Parece que has podido utilizar bien el tiempo en la cárcel.

R.D.— He reflexionado mucho y, como he dicho, pienso que para hacer un análisis correcto de América latina de hoy es necesario profundizar en las fuentes mismas del marxismo-leninismo. En la cárcel, naturalmente, tuve mucho tiempo para estudiar estas cosas.

—Entonces sería interesante que nos dijeras qué significado puede tener la cárcel para un intelectual revolucionario.

R.D.— Yo creo que es la ocasión para un intelectual revolucionario de hacer un balance crítico de sí mismo. Porque finalmente uno está encerrado con uno mismo. Automáticamente mide sus fuerzas. Como intelectual uno no necesita solamente de libros. También necesita un diálogo, discusión y contacto con la realidad. El peligro entonces de la cárcel está en un cierto ensimismamiento. Se puede producir cierta neurosis, fantasías, y monologar demasiado. Hay un peligro objetivo en la esquizofrenia, el peligro de construir un mundo imaginario. Claro, esto depende mucho de las condiciones de la cárcel, de la posibilidad de tener visitas, etc.

Pero en todo caso, creo que la cárcel es una buena experiencia. Para uno o dos años, por ejemplo. Pero llega un momento en que se agotan las resistencias, en que se comienza a dar vueltas sobre una misma cosa. Para alguien como el peruano Hugo Blanco, la cárcel debe haber sido muy dura. Puesto que siete años son muchos. Por eso yo estoy tan contento que él y Héctor Béjar hayan salido libres. Me sentiría menos libre si no hubiesen salido Hugo Blanco y Béjar. El tiempo que aparentemente se quita a la acción puede resultar un tiempo que se puede hacer ganar a la lucha.

—Y a propósito de esto último y de tu referencia a la amnistía en Perú. ¿Por qué no nos narras pormenores de tu liberación y la de Ciro Bustos? ¿Te parece que entre la decisión del gobierno peruano y la del boliviano hubo algún punto común?

R.D.— Les diré: en Bolivia no querían lanzar la amnistía. Y en el último instante, cuando se produjo la amnistía que Velasco Alvarado dio en Perú, esto fue como la gota que desbordó la copa en Bolivia. Yo no tenía esperan-

zas de que me liberaran. Tenía esperanzas de otro tipo... No creí que me iban a poner en libertad porque en ese momento se había creado un clima artificial de subversión, de amenazas contra el presidente Torres, y la situación me parecía en este sentido ya insostenible. Por otra parte, estaba la oposición a nuestra liberación por parte de un sector del ejército, sector que, hay que reconocerlo, había sido desplazado de los puestos de mando. Sin el desplazamiento de esos militares fascistas, creo que habría sido muy difícil que me pusieran en libertad. Me enteré luego que la tarde precedente a la liberación el periódico “Última Hora” había anunciado el descubrimiento de un complot para asesinar a Torres. El comandante en jefe de las Fuerzas Armadas bolivianas, general Luis Reque Terán, finalmente declaró en forma pública que no eran contrarios a nuestra excarcelación. A una semana de la liberación Reque Terán llamó a Elizabeth para garantizarle que yo saldría libre pronto. Ella le respondió que no creía una sola palabra de lo que él le estaba diciendo. Hicieron luego una gran cantidad de consultas intermilitares. En las reuniones la mayoría de los oficiales votaban en contra de la liberación. Pero finalmente creo que tuvieron que ceder por razones políticas, debido a la presión popular desde abajo. Recuerdo muy bien, con todas sus palabras, lo que decía un oficial a través de una planta de radio vecina a mi celda, mediados de noviembre: “No, mi general. Todos los de la segunda división de Oruro nos hemos pronunciado contra la liberación de estos individuos y aquí también (en Camiri) hay el mismo sentimiento”.

La cuestión es que hay algunos militares fascistas, en Camiri, en el Servicio de Inteligencia militar, que inclusive dijeron a algunos periodistas que iban a matarme. A mí no me lo dijeron, porque tenían orden de no hablar conmigo, tanto por medidas de seguridad como para evitar que yo les transmitiera propaganda marxista. Algunos me tenían un odio feroz. De algún modo, yo también era un trofeo para ellos. Asimismo, en contra de mi libertad operaban las gestiones que hizo el general argentino Alejandro Lanusse. El, personalmente, hizo muchos contactos en Bolivia en ese sentido.

En cuanto a la cuestión de Perú que me preguntaban les puedo decir, como me contó Elizabeth, que el Presidente Velasco Alvarado propuso, a fin de noviembre, al presidente Torres, realizar una operación conjunta de amnistía general de prisioneros políticos. Torres respondió que estaba de acuerdo, pero en efecto esperó que Velasco fuera el primero en actuar.

—Y en Camiri, ¿qué pasaba mientras tanto?

R.D.— Entiendo, sí. Pero quiero explicarles. Por algo me enviaron a Camiri, por algo hicieron esa cárcel. Camiri es un lugar sin universidad, sin organización obrera. Hay una pequeña aristocracia obrero-petrolera, un sindicato controlado por los barrientistas y los yanquis, como muchos petroleros del mundo, y ese sindicato nunca se interesó por el problema. De haber estado yo en Cochabamba, en Santa Cruz, o en La Paz, en el Panóptico de esa ciu-

dad, como todos los demás presos políticos, yo hubiera salido antes. Cuando el golpe que derrocó a Ovando, se produjo por el lapso de algunas horas un vacío de poder. Un grupo de universitarios armados se presentó en el Panóptico y por la fuerza puso en libertad a los presos políticos. Sucedió una cosa muy cómica: antes de salir yo de Bolivia leí en el periódico "Presencia" que dos presos, a quienes se les ofreció la libertad en ese momento, no quisieron salir porque se encontraban enfermos de gripe. Cuando fueron a buscarlos unos grupos armados, prácticamente protestaron porque los molestaban y se negaron a levantarse.

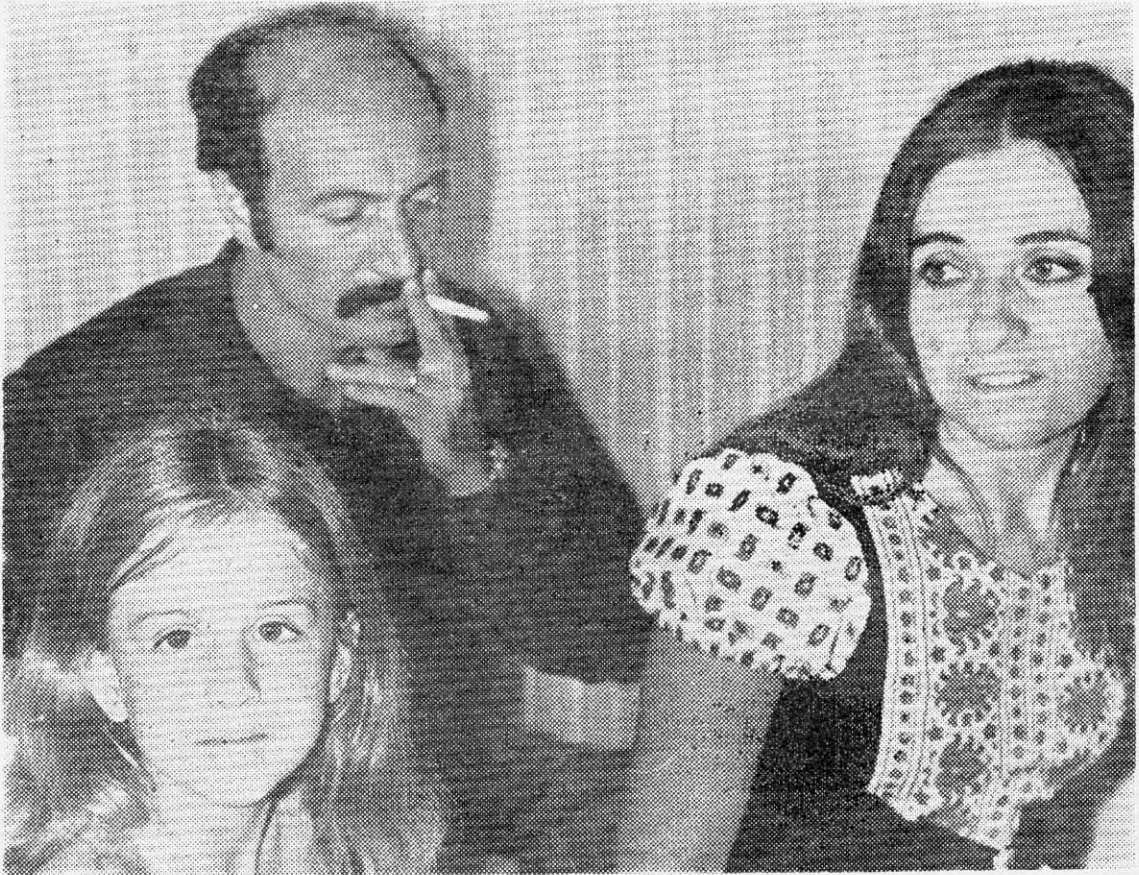
Yo estoy convencido de que quince personas, hasta sin armas, presentándose en nombre de algo, de cualquier cosa, hubieran conseguido mi libertad en ese momento. Porque se sabe, como dice Malraux, que la revolución es la usurpación de la autoridad. Cualquiera persona en ese momento puede atribuirse cualquier función. En todas las ciudades y pueblos de Bolivia actuaron comités revolucionarios, que procedieron así, salvo en Camiri, donde ya les expliqué no hay organización estudiantil u obrera. Fue el único lugar donde no se cumplió la huelga que decretó la Central Obrera Boliviana durante el golpe contra Ovando. ¡Y

los petroleros están afiliados a la COB! Ellos sólo entraron a la huelga al mediodía, cuando ya Torres estaba en el Palacio Quemado, o sea, cuando ya había seguridad de que la huelga fuese victoriosa.

En Camiri los militares lo controlan todo, la vida política, social, callejera, etc. La misma Camiri es una cárcel. Hay una cosa, sí, que quiero mencionar. El único órgano de expresión popular en Camiri es un órgano magnífico que se llama "La Voz del Pueblo". Es el único periódico local y se edita mimeografiado semanalmente. Incluso salió bajo el gobierno de Barrientos. Es hecho por un revolucionario, que siempre conmigo se portó en forma magnífica. El se llama Arnulfo Peña. Es un maestro que gana muy poco; estuvo en el norte de Chile. El mismo lo redacta, lo imprime y lo vende. Es un hombre muy valiente. Incluso llegó a hacer una encuesta entre la población de Camiri sobre si debían o no ponerme en libertad.

—¿Y qué resultados arrojó la encuesta?

R.D.— Positivos. Y a los que opinaron en contra, Arnulfo Peña les colocó una pequeña descripción señalándolos como los reaccionarios del pueblo.



CIRO ROBERTO BUSTOS, el pintor argentino que también estuvo preso en Camiri, aparece en un hotel de Santiago junto con su esposa y una de sus hijas. Fue puesto en libertad junto con Régis Debray.

—¿Y el “operativo libertad”, en sí mismo, cómo fue?

R.D.— No sé bien qué hora era. Creo que era la una de la madrugada, pero no miré el reloj. Me desperté cuando dos personas entraron en mi celda. A uno ya lo conocía: era Ortiz, el ayudante del jefe de la guarinición. El otro, desconocido para mí, estaba vestido de civil y armado. Me dijeron simplemente que me levantara y llevara estrictamente lo necesario. Nos fuimos. Y aunque hubieran venido a buscarme para otra cosa, los hubiera seguido de todos modos. Aunque sea sólo para dar cuatro pasos por el campo...

—¿Pudiste llevarte todos tus manuscritos?

R.D.— Se los había llevado anteriormente Elizabeth, escondidos en sus botas. Continúo. A las seis de la mañana del martes 22 de diciembre, un avión aterrizó en la pista del aeropuerto de Yacimientos Petrolíferos Bolivianos, lejos de ojos indiscretos. El aparato estaba piloteado por tres militares en uniforme, a quienes luego se les ordenó abandonar sus puestos. Cuatro hombres vestidos de civil, pero armados con pistolas y metralletas, vinieron a Camiri en la noche. A la “hora cero” despertaron al comandante de la Cuarta División, coronel Jaime Mercado. Después despertaron a Ortiz. Al centinela de mi celda le ordenaron que se alejara. Ortiz, cuando entró en mi celda, me dijo: “Nos vamos”. Junté mis cartas y salimos. Las calles de Camiri estaban vacías. Un jeep estaba estacionado en el costado derecho del Comando. Arribamos al aeropuerto en 20 minutos. Desde las dos a las cinco de la mañana esperamos sentados en el avión. Decolamos cuando sonó la sirena del primer turno de trabajo de los obreros petroleros. A las siete ya estábamos volando sobre territorio chileno. A esa misma hora, en La Paz, el Consejo de Ministros se reunió y decidió anunciar que Torres había dictado el decreto de expulsión.

Pocos minutos después de las ocho descendimos en Iquique.

—¿Y ahora qué puedes decir de la solidaridad que recibiste mientras estuviste en la cárcel?

R.D.— Sí, mi caso tuvo una solidaridad realmente desmedida, excesiva. Lo que quiero decir es que se comprobó esa importante ley dialéctica enunciada por Mao Tse-tung que dice que en cualquier proceso la causa externa ejerce sus efectos a través de la causa interna. Quiero decir con esto que durante el período de Barrientos tuve solidaridad internacional, pero la solidaridad interna de Bolivia no se podía expresar, salvo por parte del sector estudiantil, que fue conmigo formidable. Los estudiantes emitieron comunicados de una agresividad contra Barrientos, increíble. Pero toda esta actividad, de tipo intelectual digamos, no dio resultados por muchas razones. Quizás porque irritaban al nacionalismo, también por desconocimiento de la gente, a las que a veces faltaba información para adecuar su acción. Hubo gestos magníficos, por ejemplo el de Moravia, que hizo un viaje especial para hablar con Ovando; Francoise Maspero,

fue el primero en llegar a Bolivia; luego Feltrinelli; Mauriac, Sartre, Malraux; La Pira; la solidaridad de la fundación Russell. Todo eso fue extraordinario. Pero la cuestión cambió totalmente cuando las masas recuperaron su capacidad de expresión en Bolivia, cuando Ovando se vio obligado a “destapar la olla” un poco, al reestructurar la Central Obrera Boliviana, al debilitarse el monopolio de la CIA sobre la prensa, al comenzar a resurgir partidos democráticos. Cuando al fin el pueblo salió del impasse gobiernista, entonces se produjo una campaña popular y nacional de solidaridad. Llegó a ser algo realmente impresionante. Alcanzó hasta sectores campesinos, sin hablar de los dirigentes mineros, fabriles de La Paz, etc. Ya no eran cosas desde afuera, eran cosas desde adentro de Bolivia. Todos los organismos locales, las bases, jugaron un papel extraordinario.

En el plano personal, mi compañera Elizabeth era el centro de todo. A través de ella pasaban las gestiones que se hicieron en mi favor. En sus manos tenía todos los hilos y los manejó con gran habilidad. No puedo dejar de recordar todas las humillaciones que ella pasó por cumplir su tarea. No sólo las aguantó sino que se mantuvo firme y jugó un papel extraordinario.

Tampoco puedo dejar de recordar a mi abogado boliviano, Jaime Mendizábal, que hizo un gran trabajo al igual que mi abogado francés, Georges Pinet y el italiano Gorghai. Asimismo a periodistas como Carlos Núñez, de Prensa Latina, que trabajaron seriamente la información relativa a mi caso.

En lo que se refiere a la solidaridad conmigo desde Chile, por ejemplo, puedo citar la hermosa carta que Pablo Neruda envió a Ovando. En ese momento, Neruda era candidato presidencial del Partido Comunista. Le contesté en una carta, que no sé si se publicó, agradeciendo su gesto, por encima de las discrepancias del pasado y las divergencias del presente. Además quiero destacar especialmente que los Comités de Solidaridad de Chile, Francia e Italia jugaron un gran papel.

—En la cárcel ¿pudiste informarte del triunfo de la Unidad Popular en Chile?

R.D.— Sí, efectivamente. Yo había pensado en la posibilidad de la victoria de la Unidad Popular en Chile. Tenía una duda, eso sí, en la diferencia que habría entre Allende y Alessandri. Tenía miedo que Alessandri le ganara por unos pocos votos. Pero se diera o no la victoria electoral, lo fundamental, aun en la hipótesis del fracaso, era lograr la unidad y, dos, lograr el mayor número de votos posibles como una base de acción para un posterior desarrollo eventual del proceso.

En todo caso, había que jugar la carta electoral a fondo, porque las elecciones en Chile forman parte, digamos de la substancia de la historia del país. Tienen un papel político, no se puede hacer como si no existieran.

—¿Qué posibilidades le ves a la experiencia chilena? ¿Crees que puede ser una fórmula válida para el resto del continente?

R.D.— Eso último me parece un esquematis-

mo más. Primero, porque ninguna fórmula táctica, sea cual fuere, puede tener validez para el continente. Luego, si bien en Chile este camino era posible y respondía a las condiciones existentes, pensar en exportarlo tal cual sería una estupidez. Por supuesto, este triunfo se conecta a una coyuntura donde los electoristas encuentran viento en popa para sus argumentos. Pero se equivocan mucho. Y se equivocan, a pesar de que hay un poder de incitación, positivo en todo caso, hacia países vecinos. Puede ser que la victoria de la Unidad Popular en Chile vaya a dinamizar el proceso hasta en la misma Bolivia, donde aunque todo el mundo sabe que el proceso nunca se decidirá mediante elecciones, la Unidad Popular chilena precipita, digamos, la unificación. Da conciencia acerca de la importancia de la unidad, afirmada sobre la base de un programa mínimo. Revitaliza las esperanzas, aunque allí se van a cumplir de otra manera, por supuesto.

La victoria chilena tuvo una repercusión muy grande en la clase obrera boliviana. Esto me parece una prueba de que la correlación de fuerzas en el continente está cambiando, sobre todo en un país como Bolivia al que se mostraba como aislado, cercado. Con la Unidad Popular en Chile, ya el cerco no existe.

—¿No crees que el marco legal en que se produce el proceso chileno puede impedir que éste se desarrolle?

R.D.— El encauzamiento del proceso chileno por cauces constitucionales puede llegar a ser, en efecto, una traba en un momento determinado. De ahí la importancia de establecer relaciones estrechas con la base, con la masa del pueblo. Me encuentro que muchos compañeros insisten en la posibilidad de un golpe militar en Chile. Me parece que están idealizando a la derecha, porque no es tan tonta como para dar un golpe, aunque pueda intentarlo. Me inclinaria más bien a creer que actualmente el peligro máximo estaría en el aburguesamiento desde adentro.

Creo que el Movimiento de Izquierda Revolucionaria tiene un papel importante actualmente. Puede ser un núcleo de estructuración en resguardo y en defensa del proceso. La táctica de la derecha hay que verla tal como es. Es mucho más peligrosa la maniobra envolvente que ella puede hacer, tanto desde adentro como desde afuera, que el enfrentamiento momentáneo, instantáneo y puntual, el choque armado, golpe, etc. Esto no haría a la derecha más que aislarla y ella lo sabe. Podría ser que tratara de embeberse como una esponja dentro de la Unidad Popular, aprovechando a los sectores más débiles de la propia Unidad Popular. Podría ser que a través de la lucha por los cargos, el afán burocrático, el culto a la autoridad local, etc., el **Establishment** vaya a tratar de absorber a la Unidad Popular, de disolverla desde adentro, más bien que romperla desde afuera. Este es un método burgués mucho más inteligente que una oposición que lleve al enfrentamiento. La derecha necesariamente no va a emplear el enfrentamiento por muchas cosas, una de las cuales es que las tradiciones de las Fuerzas Armadas chilenas son positivas para el proceso actual. El peso de es-



ERNESTO CHE GUEVARA: Debray hace una semblanza del Che que vio en Bolivia.

ta tradición inclina hacia donde no inclina el peso de la tradición boliviana o argentina. La tradición allá es golpista. No es probable que las Fuerzas Armadas chilenas se conviertan en la fuerza de choque de la burguesía, como sucedería en otro país, principalmente después del fracaso de la "operación Schneider". (General René Schneider, Comandante en Jefe del Ejército de Chile, atacado y muerto a balazos por elementos derechistas el 22 de octubre de 1970).

No temo tanto al choque como al ablandamiento. El choque, dialécticamente, genera resistencia, mayor temple de los que resisten y contraatacan. Creo que en Chile va a haber más freno que, digamos, colisión. Por supuesto, hay que tomar todas las precauciones del caso para que no se produzca el atropello salvaje, tipo atentados. Pero políticamente la cuestión importante no está ahí.

Si lo anterior es válido, y no tengo conocimiento ni calidad alguna para adelantar certezas, esto generaría para la Unidad Popular la necesidad de tener un gran rigor y control sobre sí misma, como también una gran movilización interna. O sea: si se desmoviliza la Uni-

dad Popular, si se diera por satisfecha, contenta porque ya tiene los puestos de autoridad formal, los sillones ministeriales, sería catastrófico. Pero entiendo que no será así. Porque me parece que el Presidente Allende está muy consciente de esto.

Hace sólo tres días que estoy aquí pero me atrevo a decir que el mayor capital que tiene la Unidad Popular es el Presidente Allende. Quizás en Allende hayan jugado un papel los viajes que él hizo, sus contactos con revolucionarios de otros países. Allende dio una demostración de su capacidad por la manera como manejó el difícilísimo período postelectoral. Hubo allí una mezcla de tacto, delicadeza y prudencia, por un lado, y por otro, una solidez ideológica, firmeza de propósitos, que dan la impresión de ser propias de un verdadero hombre de Estado.

En Camiri, en mi celda, escuché por radio una conferencia de prensa de Allende. Las preguntas eran muy capciosas y las contestó con una gran agudeza y a la vez con franqueza. Tuve la impresión de que él dominaba la situación.

—Nosotros quisiéramos dejarte tranquilo, que descanses. Pero no queremos irnos sin preguntarte cuál es la imagen que conservas del Comandante Che Guevara.

R.D.— A mí me parece que el Che estuvo muy solo. Tengo la impresión de que soportó esta soledad con una valentía y una abnegación formidables. También quizás con cierta tristeza. Se resignó al aislamiento de su grupo. Fuera de los compañeros cubanos que lo acompañaban, y de compañeros como Inti, Coco Pedro y otros, el Che debió estar rodeado de otra gente. De un número mayor de gente, de un mayor número de bolivianos.

En mi relación con el Che tuve algunas dificultades para acercarme a él. El respeto tan grande que lo rodeaba creaba un cierto vacío humano y hacía difícil el contacto. Sin embargo, muchas veces esto no sucedía y conversábamos muy espontáneamente sobre filosofía, literatura. Sobre temas políticos, yo le hice una serie de planteamientos que a él no le gustaron. Sobre la necesidad de conectarse con fuerzas distintas, por ejemplo con diversos sectores políticos o sindicales que por razones históricas tenían influencia de masas. El no veía así el problema.

Tengo la impresión de que el Che presentía su muerte y aceptaba su destino. No obstante, hay otra cosa: hasta el último momento, hasta septiembre de 1967, no pude imaginarme

que el Che podía fracasar. Por lo mismo de que el Che fuese quien era, y también porque yo sobrevaloraba, por cierto tipo de desconocimiento, la organización de apoyo a la guerrilla. Yo me resistí a creer hasta el último momento que esto iba a fracasar. A veces, unos militares hablaban en presencia mía, en tono provocador, sobre los planes que tenían para aniquilar a la guerrilla. Estaban informados de muchas cosas. Llegó un momento en que me di cuenta de que el Che era también un hombre, un individuo perforable, un individuo que podía enfermarse, o tener dificultades para caminar.

—Pero, en esencia, ¿cuál es tu recuerdo del Che? Tú sabes que ha habido desde explotación comercial de su imagen hasta valoraciones de verdadero peso e importancia.

R.D.— Sí, la explotación comercial ha sido infame, sobre todo en Europa. Me refiero a la industria que hicieron los farsantes.

Para mí el Che es el ejemplo de algo que es muy raro, que no se da frecuentemente en la historia. Me refiero a la compenetración del hombre de teoría y del hombre de acción. Es decir, por lo general los hombres de acción no se dan cuenta de lo que están haciendo y se embriagan con esa acción. Para mí el Che es un exponente ejemplar del leninismo. Un hombre a quien la lucidez y la penetración intelectual no le quitan el valor de arrojarse en la acción. Un hombre que mide constantemente sus pasos, que no se hace ninguna ilusión sobre lo que está haciendo, y sigue haciéndolo. El Che fue un ejemplo de unión, encarnada en una persona, de la teoría y la práctica revolucionaria. El Che era un hombre que conocía los puntos flacos de las cosas y los analizaba. Pero en el intelectual el análisis tiende a producir desaliento o duda. El tenía en cambio la capacidad de caminar observando al mismo tiempo su sombra. Pienso esto no solamente por la experiencia de Bolivia, sino por toda su trayectoria; el discurso de Argel; la capacidad fabulosa que tenía de autocrítica, de una autocrítica que nunca se convirtió en desaliento. Era de un gran rigor intelectual y moral. Muy pocos logran esta integración íntima de la voluntad, por un lado, y de la inteligencia por otro. Por lo general la inteligencia tiende a anular la voluntad. Y la voluntad algunas veces genera ilusiones que van contra la inteligencia. Para mí, en términos personales, el leninismo es esto. Lenin fue otro hombre de características similares, bajo otras formas y en otras circunstancias.



El Partido Socialista y la Revolución Chilena

Por CARLOS ALTAMIRANO

"La marcha es verdaderamente larga, porque cuando se ha conquistado el poder es que los revolucionarios comprendemos que apenas se comienza".

Fidel Castro a Régis Debray, en Chile.

LA CRISIS DEL IMPERIALISMO Y EL SURGIMIENTO DEL TERCER MUNDO

LA década del 60 vio agudizarse las contradicciones del sistema imperialista y agravarse profundamente su estabilidad internacional. El enfrentamiento entre los pueblos oprimidos y sus opresores nacionales y extranjeros alcanzó formas desconocidas hasta entonces. A pesar de la notable mejoría en las relaciones entre la Unión Soviética, los Estados Unidos y Europa Occidental, y el afianzamiento de las respectivas esferas de influencia, el mundo se vio conmovido por la pujanza del despertar de los pueblos de Asia, África y América Latina y la brutalidad desplegada por el capitalismo para someterlos. Un nuevo sujeto histórico determinó un desplazamiento fundamental del campo de las contradicciones: el Tercer Mundo.

La guerra de Vietnam demostró la vulnerabilidad de los Estados Unidos y el ocaso del dominio imperialista, obligándolo a hacer un gigantesco despliegue de su maquinaria bélica y provocando con ello graves crisis internas en las metrópolis. Además de tener que resistir el empuje de los frentes de liberación en Asia, África y América latina, los Estados Unidos y los países capitalistas de Europa se vieron conmovidos por la rebelión de la juventud y la agudización de los conflictos generados por el capitalismo industrial. El conflicto racial alcanzó en los EE.UU. caracteres de guerra civil.

LATINOAMERICA: EL FRACASO DEL REFORMISMO Y LA CRISIS DE LA JUVENTUD, LA IGLESIA Y LAS FUERZAS ARMADAS

Latinoamérica sirvió durante los últimos diez años de conejillo de indias a una nueva política de explotación. Los Estados Unidos, en alianza con el capital extranjero y las burguesías nativas, pasaron del saqueo bruto de materias primas minerales y vegetales, a la participación directa en las economías "nacionales", ampliando así su dominio a las esferas de la producción y distribución de bienes de consumo, distorsionando un proceso de crecimiento económico que ahondó el subdesarrollo. Se invirtió preferentemente en sectores

de la economía que garantizaban rendimientos fabulosos a corto plazo, sin considerar en absoluto las necesidades sociales y las características específicas de cada país. Con el señuelo del "bienestar social", el imperialismo profundizó el dominio ideológico sobre nuestra cultura, utilizando todos los medios de comunicación de masas a su alcance para someter espiritualmente a los sectores mayoritarios y una sutil política de cooperación científica y técnica para ganarse a su favor la élite intelectual de nuestra sociedad. El subdesarrollo se hizo, de este modo, más complejo, pero la relativa modernización de las estructuras sociales que esta política general trajo consigo abrió posibilidades incalculables al despertar de la conciencia, agudizando las contradicciones entre la realidad social y su imagen.

El intento del neocolonialismo por hacer de Latinoamérica una "sociedad de consumo", sin transformar la estructura social y económica se articuló en la política burguesa del reformismo. Si bien es cierto que ella logró movilizar los sectores medios acomodados de los países más desarrollados del continente, su vigencia fue de corto plazo y no hizo sino profundizar el saqueo extranjero, enriquecer aún más a las burguesías y llevar a Latinoamérica a la crisis más grave de su historia, sirviendo de antesala al fascismo. Pero esta política del reformismo, con la ideología del desarrollismo que la articulara, contribuyó a su pesar a dinamizar fuerzas sociales que lo rebalsaron rápidamente. La quiebra de la sociedad tradicional que la articulara, contribuyó a su pesar a dinamizar fuerzas sociales que lo rebalsaron rápidamente. La quiebra de la sociedad tradicional, necesaria al proceso de su conversión en "sociedad de consumo", liberó fuerzas que vinieron a enriquecer el movimiento de liberación popular. La iglesia, uno de los pilares de nuestra tradición, dejó de ser el instrumento de dominio espiritual que había sido durante siglos, viendo surgir en su seno un clero joven, comprometido con los problemas sociales y dispuesto a participar activamente en la transformación estructural de la sociedad. Por primera vez en su historia, sacerdotes católicos empuñaron el fusil por la causa popular, sufriendo la persecución y el asesinato. Por su parte, las Universidades, en quiebra permanente en una sociedad subdesarrollada, se convirtieron en focos de rebeldía, creando no sólo un pensamiento crítico, sino también cuadros que comenzaron a militar activamente en los partidos populares y en los ejércitos de liberación.

El fracaso del reformismo y la crisis de los partidos políticos retornó una vez más, a un primer plano, a las fuerzas armadas del continente. Pilar del Estado en una sociedad de clases, el ejército asumió en algunos países el

control político directo. Pero si bien es cierto que en su mayoría representó a los intereses más oscuros de la reacción, como en Brasil y Argentina, en el caso peruano las fuerzas armadas asumieron una política de defensa de los intereses nacionales y populares. Seguramente, las tendencias revolucionarias dentro de las fuerzas armadas no se limitarán a un solo país, sino que se harán presentes en el resto de ellos.

En resumen, la iglesia, la juventud estudiantil y las fuerzas armadas comenzaron a experimentar cambios radicales que tendrán gran significación sobre el desarrollo político de los pueblos.

LA NUEVA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA Y EL EJEMPLO CUBANO

El desplazamiento del campo de las contradicciones fundamentales, al que nos referíamos al comienzo, produjo, como una de sus consecuencias, una crisis en las relaciones entre la Unión Soviética y China, y la división de la izquierda en casi todos los países del Tercer Mundo. Siguiendo el ejemplo de la revolución cubana y contando con el apoyo de su internacionalismo militante, algunos sectores de la izquierda adoptaron nuevas formas y métodos de lucha; fue así como se generalizó la guerrilla rural y urbana en todos los países de nuestro continente. Este fenómeno vino a modificar sustancialmente las condiciones objetivas de la revolución, al mismo tiempo que la hizo meta irreductible de las masas. El cuestionamiento de la vía electoral como estrategia de acceso al poder real de la sociedad tuvo no sólo consecuencias políticas, sino que obligó a un esfuerzo teórico de gran magnitud. Por primera vez, las ciencias sociales se liberaron del sometimiento ideológico al imperialismo cultural y comenzaron a plantearse problemas estructurales de nuestra sociedad como su meta más legítima. Fue así como surgió un pensamiento revolucionario latinoamericano, representado por Fidel Castro, Che Guevara, Camilo Torres, e ideólogos de la magnitud de André G. Frank, Régis Debray y otros. El impasse surgido entre la izquierda tradicional y la izquierda revolucionaria no ha sido zanjado y no lo será sino en la praxis revolucionaria concreta. Puesto que la historia no ha conocido hasta hoy revoluciones pacíficas y que el capital no renunciará a su poder voluntariamente, el enfrentamiento armado en términos continentales sigue manteniendo la misma vigencia de siempre.

LAS CONDICIONES EN QUE SE PRODUJO EL TRIUNFO DE LA UNIDAD POPULAR

El reformismo populista de la Democracia Cristiana no hizo más que postergar el enfrentamiento final entre la clase trabajadora y la burguesía nacional. A pesar de haber contado con un amplio respaldo de las capas medias y de extraordinarios ingresos de divisas, debido al alto precio alcanzado por el cobre en el mercado internacional, el gobierno demócratacristiano dejó al país en un gravísimo proceso de estagnamiento e incluso recesión. Su política económica de defensa de los

intereses de sectores empresariales y de entendimiento con el capital extranjero agudizó aún más la crisis estructural que la economía chilena viene arrastrando desde hace largo tiempo. Respecto de los sectores desposeídos, tendía ella a una mera redistribución del ingreso y a una seudomovilización social expresada en la ideología del comunitarismo. Esta movilización de corte populista produjo, sin embargo, cambios profundos en la estructura social chilena. La Reforma Agraria, llevada adelante por la corriente progresista de la Democracia Cristiana y en conflicto con el gobierno, inició la transformación del campesinado en una fuerza explosiva, que ha venido a acelerar el proceso de cambios estructurales de la sociedad chilena. Por sobre esta política exigida por la juventud y el ala izquierda del partido, primaria, sin embargo, el interés de los sectores empresariales, expresados en una política entreguista de las riquezas primarias, puramente redistributiva y distorsionante de nuestra economía. La agudización de los conflictos que él mismo contribuyera a provocar, convirtió al gobierno DC en un gobierno claudicante, aliado de la extrema derecha y enemigo de las masas populares, en cuyo nombre ascendiera al poder. La "revolución en libertad" terminó de hecho en una dictadura legal que persiguió, encarceló y asesinó impunemente a pobladores, obreros y campesinos.

El fracaso de la gestión reformista demócratacristiana dejó al país ante la disyuntiva del fascismo o la revolución popular. La escasa diferencia de votos entre el candidato de la Unidad Popular y el de la reacción muestra hasta qué punto formas alternativas tan extremas contaban con posibilidades casi iguales de conquistar el poder. Podemos señalar tres factores como determinantes para el triunfo de Salvador Allende: la agudización de las contradicciones del sistema, provocada por el reformismo desarrollista DC, el surgimiento de nuevas fuerzas sociales que se incorporaron activa y conscientemente a la lucha política, bajo la enseña de la U.P. y la actividad revolucionaria de ciertos sectores de la izquierda que recibieron toda la descarga de la represión del gobierno, desenmascarándolo, levantando el repudio general en su contra y sacudiendo la conciencia de un electorado habituado al mito de la democracia chilena. Todos estos factores crearon un suelo propicio a la unidad de todas las fuerzas populares que legitimaron el 4 de septiembre la vía de la revolución y repudiaron la reacción y el reformismo, en todas sus formas.

PERSPECTIVAS DE LA REVOLUCION CHILENA

Si bien el triunfo de la Unidad Popular no ha producido hasta hoy un desplazamiento dentro de la correlación política de fuerzas, ha tenido, sin embargo, y como consecuencia directa, una radicalización progresiva del país en dos grandes sectores: los que están por cambios estructurales y los que no aceptarán esos cambios, defendiendo sus intereses por la fuerza de las metralletas, como ya lo están haciendo. Estos sectores contrarrevolucionarios que han comenzado a incorporar la violencia de las armas a la política chilena, ha-

ciéndose justicia a sangre y fuego, están sosegando sus diferencias internas para constituir un solo frente que aune a la reacción tradicional y a la nueva derecha demócratacristiana en torno a la figura de Eduardo Frei y su camarilla. Este frente está actuando a distintos niveles: en el de la política parlamentaria, obstruyendo impunemente algunos proyectos presentados por el gobierno; en el de la economía, creando un boicot económico, abandonando industrias, sabotando cosechas; en el de la difamación por la prensa y la radio, utilizando los órganos tradicionales, pero en especial el de la DC, "La Prensa"; en el de la abierta sedición armada y el golpe militar, como lo demostrara la aventura que terminara con el asesinato del general Schneider, y el levantamiento armado de algunos latifundistas sureños que desconocen las órdenes impartidas por el gobierno. Junto a la actividad sediciosa de la derecha chilena, el gobierno de la Unidad Popular tendrá que sufrir el boicot y el asedio de los Estados Unidos y el capital extranjero, que han desatado una campaña internacional de desprestigio en contra de Chile y han llegado en algunos editoriales a llamar abiertamente al golpe militar y la intervención como única manera de derrotar el triunfo popular.

Esta situación de extrema radicalización de la derecha, que deja entrever hasta dónde será capaz de llegar en la defensa de sus mezquinos intereses, ha tenido el efecto positivo de iniciar un proceso de unificación de todas las vanguardias revolucionarias, superando sectarismos en vista a la defensa de una causa que nos une a todos por igual. Este es un segundo triunfo de la izquierda y una gran derrota para la reacción, que quisiera ver a la izquierda en la división que viviera durante los últimos años. Pero aunque este proceso tendrá una importancia decisiva en el transcurso del proceso político que enfrentamos, no tendrá mayor significación si no va respaldado por la movilización total de las masas populares y su incorporación como sujeto activo en la organización de las instituciones políticas, en la participación de las decisiones fundamentales, en la dirección de las empresas públicas y privadas, en la planificación, organización y dirección de la economía en todas sus ramas. No es con acuerdos políticos al margen de las bases, ni sobre una masa espectadora de la lucha que libran los partidos de izquierda contra la reacción armada como será posible vencer a la reacción y construir al socialismo, sino entregando el poder a las masas de campesinos y obreros que, organizados en sus vanguardias, serán las únicas capaces de construir el socialismo chileno. Sólo esta movilización, ajena a todo paternalismo burgués, podrá hacer viable la transformación radical de nuestra economía, planificándola, reestructurándola de acuerdo a sus reales necesidades; creando nuevas fuentes de riqueza y —sobre todo— una nueva actitud moral frente al trabajo. No hay que olvidar, que el gran enemigo de la revolución es el reformismo, y que el reformismo, disfrazado en su populismo paternalista y en su demagogia económica meramente redistributiva, es una solución falsa aunque posible, no del todo ajena a ciertas tendencias en la izquierda.

LA IZQUIERDA EN LA NUEVA COYUNTURA

El triunfo de la Unidad Popular ha venido a transformar radicalmente el panorama político chileno, planteando problemas y exigencias que demandan a las vanguardias políticas de izquierda un replanteamiento estructural de sus estrategias y tácticas revolucionarias. El gobierno de la Unidad Popular no será un gobierno más que continúe la rotación partidista del ejercicio del poder dentro de las reglas burguesas de la democracia representativa, sino un gobierno de masas que deberá promover los cambios de la estructura política, social y económica que el país ha exigido a través de su mayoría soberana. Y ello no será posible ni manteniendo el aparato estatal burgués con su secuela de corrupción y vicios enquistados en una burocracia desmesurada, un aparato policial orientado a la represión del pueblo, un parlamento conservador y obstruccionista y un sistema judicial clasista, ni enfrentando esta realidad con nuestras viejas formas partidistas. Los partidos de izquierda han vivido toda una existencia política, aceptando sin protestas el juego electorista, parlamentario y burgués. La nueva coyuntura histórica nos plantea un extraordinario desafío, que debemos aceptar y resolver exitosamente: **la revolución chilena sólo será posible en la medida que las vanguardias de la clase trabajadora sepan revolucionarse a sí mismas, se incorporen sin temores a las masas populares y encuentren en ellas el dinamismo, la orientación y la fuerza que harán posible la conducción del pueblo chileno hacia la construcción del socialismo.** El sectarismo partidista y el apego a las tradiciones del orden burgués son los grandes enemigos de la revolución.

EL PARTIDO SOCIALISTA EN LA NUEVA SITUACION: UN NUEVO ESTILO DE LUCHA Y LA LIQUIDACION DE VIEJOS VICIOS

El hondo arraigo que el Partido Socialista tiene en las masas populares de nuestro país, y el carácter eminentemente chileno de la política que ha venido sustentando lo convierten en la más legítima y fiel vanguardia del proletariado y del campesinado nacional. Hemos sabido defender fielmente los intereses de la clase trabajadora, junto a las masas oprimidas del continente, y luchar contra el poder oligárquico e imperialista, incorporados incansablemente al movimiento de liberación de los pueblos del mundo. **El Partido Socialista ha sabido ser la vanguardia del trabajador chileno y sin sometimientos dogmáticos de ninguna especie ha estado junto al proletariado del mundo entero.** Las relaciones más solidarias nos han hermanado a la revolución cubana y los movimientos de liberación del continente. Pero también hemos sabido mantener más allá de toda contingencia, la unidad con los otros partidos de la vanguardia revolucionaria chilena, en especial el Partido Comunista, junto al cual sentamos las bases de la Unidad Popular que llevara al gobierno al pueblo chileno. **La unidad Socialista-Comunista es y será la base de toda nuestra política, la cual**

deberá estar fundada en una sólida identidad de propósitos, tanto estratégicos como tácticos.

Dentro del proceso revolucionario que estamos viviendo tendremos que identificarnos plenamente con las masas del país, a través de nuestras bases militantes, y otorgarle un apoyo leal y masivo al gobierno popular de Salvador Allende. El deber de todo partido revolucionario es respaldar, sin transacciones ni vacilaciones, la gestión del gobierno del Pueblo y colaborar incansablemente al cumplimiento de los objetivos que las masas populares vayan exigiendo. **Sólo la unidad entre las masas y el Partido y el apoyo franco y decidido de éste al gobierno popular podrán vencer al enemigo y construir el socialismo chileno.** Esto no nos exime de la crítica, allí en donde veamos que no están siendo cumplidos los objetivos revolucionarios del gobierno, pero esta crítica tendrá que tener lugar en el seno de las vanguardias, expresar las exigencias de las masas y ofrecer las soluciones que creamos necesarias para una rectificación en la línea que lleve la revolución.

¿Está el Partido, en su forma actual, en condiciones de responder satisfactoriamente a la enorme tarea que nos espera? Como todos los partidos de la vanguardia chilena hemos recibido el desafío de tener que transformar nuestras estructuras y superar todos aquellos vicios y defectos que hemos ido adquiriendo a lo largo de una convivencia más que pacífica con la democracia burguesa. En el pasado, nuestra política no expresó adecuadamente los planteamientos ideológicos y programáticos que se fijaran en los congresos de Linares y Chillán: denunciábamos el sindicalismo economicista y terminamos practicándolo; condenamos el electorismo, pero en más de una ocasión hemos abusado de él; planteamos la necesidad de una lucha ideológica franca y decidida, pero muchas veces la ocultamos en la política del pasillo y la transacción. Estas inconsecuencias, que sólo sirvieron para desconcertar a las bases y debilitar la pujanza del movimiento revolucionario chileno no fueron causadas tan sólo por fallas individuales de los dirigentes, sino por defectos en la estructura misma del Partido. **La coyuntura histórica que vivimos, de una trascendencia fundamental para Latinoamérica y el mundo, exige que superemos esos defectos con una revisión sustancial de nuestra estructura orgánica, una autocrítica implacable a nuestros planteamientos y el esfuerzo común y solidario de las bases y los cuadros dirigentes para liquidar las formas concretas que asumen: el caudillismo, el personalismo, la desorganización y la indisciplina.**

POR UN PARTIDO SOCIALISTA RENOVADO

Hasta hoy, el Partido Socialista ha tolerado en su seno vicios que han subordinado muchas veces la política nacional revolucionaria a caprichos personales que han desbaratado toda acción conjunta, solidaria y de masas. Nuestro Partido ha vivido en varias ocasiones desgarrado y desarticulado por estas tendencias disociadoras que será necesario superar

con una nueva actitud moral y un estilo de lucha que permita golpear al enemigo burgués e imperialista a través de una mayor concentración de las fuerzas proletarias y campesinas. Al personalismo, al caudillismo, al político del pasado tendremos que oponer la dirección colegiada y la estructuración férrea de nuestros cuadros. Nuestra política tendrá que ser fiel expresión de una línea ideológica articulada y consecuente, renovada en la constante información y discusión política. Los principios ideológicos deberán primar sobre las personas y éstas tendrán que respetar las decisiones y acuerdos de las bases a nivel regional, provincial y nacional. Esta nueva política exigirá una apertura generosa y consecuente hacia nuestra juventud. Esto significa no sólo hacer participar activa y realmente a la juventud del partido en las decisiones fundamentales sino rejuvenecer nuestros cuadros dirigentes e ir creando las bases para que el Partido se anticipe a la realidad, en lugar de marchar tras ella. Será preciso darle una máxima prioridad a la organización de una escuela de cuadros que forme al militante informado y responsable, capaz de resolver las grandes tareas de la revolución chilena con firmeza, fantasía creadora y solidez moral. El futuro pertenece al hombre nuevo.

Sólo un Partido estructurado férreamente, con una dirección colegiada y disciplinada, vitalizado por su juventud y en contacto directo con sus bases obreras y campesinas podrá constituir, junto a los Partidos hermanos, la vanguardia chilena en la marcha hacia el socialismo.

LA REVOLUCION CHILENA: NACIONAL, CONTINENTAL E INTERNACIONALISTA

Nuestra revolución será nacional y consecuentemente continental e internacionalista. La lucha por la liberación de los pueblos es un concierto, cuya dialéctica viene siendo dada por el universalismo del sistema capitalista e imperialista que tenemos la misión de derrotar. La construcción del socialismo chileno es un paso hacia la construcción del socialismo latinoamericano y éste, a su vez, un momento en la lucha por la liberación del Tercer Mundo. Nuestra misión es, pues, de gran envergadura y significación. El trabajador chileno ha sabido solidarizarse siempre con sus hermanos de clase de todo el mundo, pero por sobre todo, con aquellos hermanos de tradición e idiosincrasia. Continuaremos y extenderemos la revolución continental que iniciara gloriosamente el pueblo cubano, golpearemos mortalmente al enemigo de los pueblos, el imperialismo norteamericano y sus aliados, en un frente común con Vietnam y Corea del Norte, la Unión Soviética y China y todos los países socialistas hermanos. Movidos por la misión de todo revolucionario constituyamos la vanguardia de la revolución chilena, en la autocrítica permanente y fieles a los dictados del trabajador del campo y la ciudad.

CARLOS ALTAMIRANO